

La Dama de los altos pensamientos

...La noche fué siempre el reino de las almas profundas y vigilantes, la cumbre de la más alta meditación, el blando reclinatorio de las plegarias, el espejo más puro de lo sobrenatural. Cuando el poeta se siente a solas y en divino silencio, tras los afanes y los bullicios del día, y con sincera emoción se asoma a esa ventana abierta de la noche y clava sus ojos en lo infinito, escucha, si es poeta de veras, el inefable concierto que todas las cosas cantan en el mundo, y sintiendo esa música de los orbes en lo más hondo del corazón, rompe también a cantar con maravillosa melodía como los ruiseñores en la fronda y vierte lágrimas de suavísima ternura.

En esas horas de soledad y de misterio se nutren las almas escogidas de singulares revelaciones, de altos pensamientos que sobrepujan lo humano y traen como un sabor a lo divino: en esas horas tienden los ángeles su escala entre el cielo y la tierra, se abre la puerta de los sueños, dice el amor sus «escuchos» y buscan los héroes el camino de la inmortalidad.

Así Don Quijote, pálido y ansioso, de cara a las estrellas, con los ojos mojados de lágrimas, siente brotar de su pecho mil voces íntimas que le empujan fuera de sí mismo, a través de la noche, por encima de las lindes prosaicas en que yacé. Una plenitud espiritual, una oscura impaciencia, un ímpetu desbordado y generoso le tiemblan, como alas finas y valientes, en las raíces del corazón. La vida entera, perezosa, incomprendida, solitaria, le duele al modo de un cruel remordimiento. Dolorosamente pudo resignarse años y años, hasta frisar en los cincuenta, y enmohecer su espíritu junto a las armas olvidadas de sus mayores, en este feo y rústico lugarón de gentes groseras, hartas de migas y torreznos. Tierra calma, pueblo gris, raso horizonte, casa triste, mocedades vacías, almas sin pena ni gloria, mortal quietud... Y esto en un siglo de aguda exaltación, de fácil embriaguez, cuando a los ánimos parecían estrechos todos los quietos del mundo, las selvas vírgenes, los cielos remotos, las anchas estelas de la mar...

Baña la luna, sonriente y melancólica, los muros terrizos de la aldea, los molinos de viento, la llanura sin fin. Las veredas blancas, los senderos agrestes, bien dibujados en la desnudez del terruño, se abren como brazos acogedores que guían al Ensueño por los rumbos innumerables del azar. Un camino, entre todos, ondulado y suave, que huye en graciosa curva de la ventana abierta, lleva tras sí los pensamientos febriles del hidalgo, le roba el sueño y la razón: es el camino del Toboso.

Allí, en el vecino lugar, bien ajena a las ansias del romántico amador, vive Aldonza Lorenzo, «una moza labradora de muy buen parecer», lozana y robusta, garrida y alegre, tostada del sol y el aire, llena de brío y de salud como criada a los pechos de la madre Naturaleza: recatada y esquivada, pero sin artificios ni melindres y con sus puntas y ribetes de burlona; hembra de «pelo en pecho», de aquellas antiguas castellanas que dieron al mundo una raza nueva de gigantes; hermosa, honesta, principal, pero capaz también de rastrillar el lino y trillar en la era como el más pintado mozo de su pueblo: una Ceres, en fin, del manchego solar, coronada de rubias espigas y de bermejas amapolas.

Cuatro veces no más la vió el tímido amante en sus paseos ensoñadores, y se le fueron tras ella los ojos y el corazón. ¡Pobre Alonso Quijano! Toda su vida refrenada y opresa, toda su hirviente y contenida madurez se estremecieron al encuentro de aquella briosa juventud, fruto en sazón de la noble cepa tobosina, promesa dulce de un hogar, de unas brazos fuertes y mimosos, de unas ternuras jamás gustadas en el frío ambiente hostil de la casona solariega; que aún en los hombres más inclinados a la aventura del camino prende la viva llama del horno familiar, el suave calor de los regazos femeniles.

No era por cierto Aldonza el dechado más propio y fino para encarnar los ideales del caballero. Imposible parece que una moza tan silvestre y membruda pudiera convertirse en dueña y señora de un tan sutil amador como el famoso de la Mancha, acostumbrado a tratar en sus libros con musas, emperatrices y altas princesas, y pasear la encendida imaginación por encantados vergeles, áureos alcázares y suntuosos aposentos. Mas, nada importa la materia vil, la realidad perecedera, al puro artífice del alma a quien sabe imprimir en un puñado de arcilla, en un toseco lienzo, en una piedra inerte, la huella fecunda del espíritu creador. Nada importa a los verdaderos poetas, a los grandes enamorados, la apariencia mortal

de sus Lauras y Beatrices, si ellas son, más que mujeres vivas de carne y hueso, motivos ideales, vislumbres de la eterna belleza, símbolos y enigmas de la gloria.

Ebrio Don Quijote de tan dulce licor, puso los ojos de su alma en la primera mujer que a sus ojos corporales se ofreciera como trasunto, y a fuer de enamorado y de artista, comenzó a sublimarla fervorosamente, a engrandecerla poco a poco, modelándola a imagen y a semejanza de su ideal, hasta convertir la moza labradora en soberana Emperatriz, la hija de Lorenzo Corchuelo en Dulcinea del Toboso.

Calladamente la quiso durante muchos años, con esa lealtad, con esa noble continencia, con esa delicada timidez, prendas morales de los poetas y de los héroes. De aquel gran amor tan casto y escondido, tan lleno de inefables revelaciones, brotó sin duda el firme propósito de salir a deshacer entuertos, a imponer la verdad, el bien y la justicia con el valor de su brazo, pues no hay proezas ni acciones heroicas en el mundo que en el amor no tengan su raíz...

Cielo azul, sol radiante, día de julio en el campo famoso de Montiel. Armado caballero sobre su flaco Rocinante, lanza en ristre y abrazada la adarga, camina Don Quijote por la inmensa y tostada llanura, alborozado y sudoroso, invocando en lo más íntimo del corazón a la dama de sus altos pensamientos.

Exaltada en la cumbre de la amorosa fantasía, juzga el andante caballero a su señora Dulcinea superior a cuantas en libros y en sueños había imaginado: rubia como las crenchas del sol, blanca lo mismo que la nieve, más suave y fina que el plumón de los nidos; hermosa como los ángeles del cielo, cree verla al través del horizonte luminoso envuelta en pulquérrimos cendales, bañada de fragancias sutiles, coronada de flores y laureles en un precioso camarín, ensartando perlas o bordando con oro alguna cifra para su fiel amigo.

La realidad, escéptica y burlona, viene de pronto a deshacer la primorosa fábrica del ensueño. Un gran tropel de gente se acerca a Don Quijote por la rasa campiña. «¡Todo el mundo se tenga!», clama el valiente paladín en mitad del camino, esgrimiendo la lanza. «¡Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo toda doncella

más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso!».

Aquí principia el cómico y doliente calvario del caballero redentor. En esta aventura de los mercaderes, que tales eran los que por el llano venían, está esbozada la formidable antítesis del «Quijote». Los mercaderes toledanos, gente de buen humor y poca fe, piden con sorna un retrato, por menudo que fuese, de la señora Dulcinea, para persuadirse de si en efecto es tan hermosa como asegura su adalid. El cual se obstina en que sin verla lo han de creer y declarar, jurar y defender. Como si para afirmar los ideales y dar por ellos vida y salud fuese menester que se nos mostrasen cara a cara. Porque no tendría ningún mérito entonces confesar la verdad, viéndola descubierta delante de nosotros. Los mercaderes, con grandes risas y burlas, siguen diciendo a todo: «Ver y creer». Y el pleito acaba, como era de esperar, con una lluvia de palos sobre las costillas del pobre soñador.

Ya de aquí en adelante el ideal, simbolizado en Dulcinea, pugnará a todas horas con las groseras realidades de la vida, caerá por todos los caminos, entre mofas, chistes y pedradas, bajo la furia de mercachifles, villanos y galeotes, ultrajado siempre, pero nunca muerto ni extinguido en la tierra. Y el ingenioso, el fervoroso mantenedor de la Mujer ideal, cada vez que tiende los brazos para estrechar en ellos, casta y blandamente, a su divina Dulcinea, topará con las bardas del corral, donde la hija de Lorenzo Corchuelo, algo sudada y correosa por el resol y el trabajo, aechaba el trigo: o, lo que es peor aún, con la tuerta y sucia Maritornes, con la moza carirredonda y chata que en la rebelde pollina vió luego en las puertas del Toboso, merced a la industria de Sancho Panza; con la dueña Rodríguez y la atrevida y maleante Altisidora; con toda la turba soez que en ventas y caminos arrastrara por el fango las puras ilusiones del noble y platónico amador.

Muy torpe ha de ser quien sólo vea en esta lucha de lo ideal y lo vulgar el triunfo del sentido práctico sobre las altas concepciones del amor y de los sueños. De igual suerte que en Don Quijote y Sancho se abrazan y completan la poesía y la prosa, el puro espíritu y el barro mortal, así en Aldonza Lorenzo y en Dulcinea del Toboso vienen a fundirse la realidad y la ficción, la carne con la idea. En el *Quijote*, como en toda obra de arte y de vida, hay oposiciones y contrastes aparentes que al cabo se

reducen a una síntesis profunda y universal. Aunque Dulcinea y Aldonza parecen términos contradictorios, no son sino aspectos de la misma mujer, de la Mujer ideal y real que Cervantes creó con la pobre arcilla de la tierra y con el rico aliento de su numen. Aldonza a secas es una zafia campesina como otras muchas del Toboso; Dulcinea es una ilusión que se quiebra de puro sutil; pero juntas ambas, en una sola, constituyen el cuerpo y el espíritu, la carne y el alma de una mujer, de la Mujer eterna... Y este ideal y verdadero prototipo, tan español y tan humano, tan de todos los lugares y los tiempos, no podría existir si no tuviera sus raíces en las entrañas de la tierra común; si no le amparasen y defendiesen, contra felones y malandrines, los caballeros andantes del Ensueño, los que se lanzan al camino, locos de amor y poesía, a recibir afrentas, burlas y pedradas, a cambio de un poco de gloria, de un nombre escrito para siempre en el corazón de la humanidad.

CONCHA ESPINA

MIENTRAS existe el entusiasmo, todas las individualidades se eclipsan; sólo resplandece el pueblo vestido de su armadura. Cuando el entusiasmo se extingue, el pueblo deja de ser una realidad para ser un nombre sonoro; en la sociedad entonces no hay más que intereses que se combaten, principios que luchan entre sí, ambiciones que se excluyen e individualidades que se chocan. En tiempos de paz y de reposo sólo aparecen en los hombres las calidades que los constituyen diferentes; en épocas de crisis y de exaltación moral sólo aparecen en ellos los que los constituyen semejantes; cuando las diferencias se esconden y las semejanzas aparecen, hay pueblo porque hay unidad, y la unidad es la que le constituye; cuando las diferencias aparecen y las semejanzas se esconden, no hay pueblo, porque no hay unidad social, sino intereses opuestos, principios rivales y ambiciones hostiles.